

carina bergfeldt

MATAR A PAPÁ



Seix Barral



Seix Barral Biblioteca Formentor

Carina Bergfeldt

Matar a papá

Traducción del sueco por
Gemma Pecharromán Miguel

1

**DOS MESES Y DIECISIETE DÍAS ANTES,
SÁBADO, 2 DE ENERO DE 2010**

Los secretos significan tanto como la persona con la que eliges compartirlos.

Lo primero que quise hacer la mañana en que cambió todo fue mirarlo a la cara y hablar. Contárselo. Contárselo todo. Sin ocultar nada. No existía nadie con quien yo deseara compartir el secreto más que con él.

Pero no lo hice.

Dejé que el secreto siguiera siendo eso. Un secreto. Algo que luego existiría para siempre entre nosotros. Que se interpondría entre nosotros. Provocando en nuestra confianza mutua una fisura donde podía instalarse el vacío. Hacer un nido. Extenderse.

No tenía elección.

Me levanté, me vestí, me fui al trabajo.

Y supe que nada volvería a ser como antes.

2

SÁBADO, 2 DE ENERO DE 2010

El termómetro instalado fuera de la ventana marcaba dieciséis grados bajo cero. Había nevado. La primera nevada del año. A Julia Almliden le costó ver los números porque la ventana, que daba al solitario aparcamiento de la calle Mörke de Skövde, estaba cubierta de escarcha.

Pasó el dedo por el cristal para comprobar si las lamini-llas brillantes de escarcha se hallaban en el interior o en el exterior.

No se derritieron al pasar el dedo por encima. O sea, estaban en el exterior. Julia resopló. La escarcha bien podría estar por dentro.

El departamento de contabilidad del periódico ahorra-ba en todo lo que se pudiera ahorrar: bolígrafos, cuadernos, horas extras. Calefacción.

Durante el último invierno eso había sido más que evi-dente. Dentro de la redacción la temperatura no pasaba nun-ca de los dieciocho grados. Así era imposible escribir un ar-tículo con sentido. Tres veces se había visto obligada a pulsar una tecla para impedir que apareciera el salvapantallas. De todos modos, tenía que hacer como que estaba trabajando.

Suspiró. Se sentó. Lo intentó de nuevo.

Los restos de la cena de Nochebuena apestan.

Pero a la familia Johansson no le queda más remedio que acostumbrarse al olor repugnante que los golpea en la cara cada vez que abren la puerta.

Los empleados del servicio de recogida de basuras se niegan a acercarse a la casa del matrimonio por miedo al lobo que se ha convertido en el amo del bosque.

—¿Por qué tiene que ser tan complicado? —rezongó mientras seleccionaba y borraba los tres párrafos.

Julia Almliden se volvió y miró de reojo a su colega, Ing-Marie Andersson. Estaba sentada como de costumbre. Sujetándose la chaqueta sobre el pecho con la mano derecha, y navegando con la izquierda. Ing-Marie iba a cumplir pronto los cuarenta, pero aparentaba tres o cuatro años más. Tenía un aspecto corriente. Cabello rubio cobrizo encrespado, con un corte tipo paje, hasta la nuca. Rostro de tez clara con pecas, normalmente sin maquillar. La reportera criminalista solía disimular su delgadez bajo gruesas chaquetas de punto de colores discretos, neutros. Preferiblemente marrones.

«En fin, lo de “reportera criminalista” no deja de ser un eufemismo», pensó Julia. Exceptuando las peleas de borrachos fuera del bar Bogrens, algún robo aislado en el barrio de Ryd y todas las denuncias por violencia de género, no sucedía gran cosa en Skövde; pero parte del trabajo de Ing-Marie —aparte de su tarea habitual de cubrir la información municipal— era llamar diariamente a la comisaría de policía. Se tomaba muy en serio este trabajo y, sobre todo, le gustaba más que su otro cometido.

A Julia le hacía gracia, pero Ing-Marie nunca se presentaba como la periodista responsable de cubrir la información municipal y provincial que era, como detallaba su contrato de trabajo, sino como reportera criminalista. Pese a la negativa del jefe, Ing-Marie había encargado unas tarjetas de presentación con ese título, si bien pagadas de su bolsillo.

Las tenía en su escritorio en una cajita blanca junto a las tarjetas que había pagado el periódico, el *Västgöta-Nytt*.

Ing-Marie sacaba a veces una de aquellas tarjetas que ella misma se había costado y pasaba los dedos por encima. Pero en ese momento parecía concentrada en otra cosa. Julia estaba casi segura de que si se inclinase hacia delante y mirase de reojo la pantalla de su colega se encontraría el logo de «CSI». Esa serie era la favorita de Ing-Marie y la reportera criminalista solía quejarse por la falta de asesinatos en Skövde del calibre de los de Nueva York, Miami o Las Vegas. Ing-Marie era una mujer muy reservada, pero cuando abría la boca en la reunión matinal, normalmente era para ofrecer un breve resumen de lo que había pasado la noche anterior a las nueve en el Kanal 5 de televisión. Hablaba de cuerpos devorados por caimanes, tragaperras impregnadas de cianuro o taxistas con cadáveres en el maletero.

Julia pensó en lo decepcionada que debía de sentirse su colega también por la incapacidad de Skövde para ofrecerles personajes como un Horatio Caine, un Mac Taylor o un Gil Grissom. No tenía ni idea de si su colega salía con alguien —la reportera criminalista nunca contaba nada de su vida privada—, pero a Julia le costaba creerlo. En cualquier caso, Ing-Marie no tenía hijos ni había estado nunca casada, eso ya lo había comprobado Julia consultando el registro civil en un acceso de curiosidad. Ing-Marie parecía vivir entregada al sueño de resolver el asesinato del año, convencida de que, cuando eso ocurriese, todo lo demás vendría solo.

Haciendo un esfuerzo, Julia apartó la mirada de Ing-Marie y volvió a concentrarse en la pantalla de su ordenador y en aquella entradilla que se le resistía. No había tiempo para lucubraciones en ese momento.

Julia se dio una palmada en la cara y mientras aún sentía el escozor en la piel se dispuso a terminar su trabajo.

El jamón de Navidad está enmohecido.

La langosta de Nochevieja, un caparazón hediondo.

«Esperemos que vengan antes de que tengamos que comernos los arenques del solsticio de verano», dice Herman Johansson, resignado.

Los trabajadores del servicio de recogida de basuras llevan dos semanas boicoteando la casa de la familia.

Julia sonrió. Todo terminaría arreglándose.

3

Ing-Marie Andersson odiaba esos chasquidos.

Cerró los ojos, se masajeó con fuerza las sienes y se arrepintió de haber tirado antes de Navidad los tapones amarillos que guardaba en el cajón superior de su escritorio.

A decir verdad, no se definiría a sí misma como una persona particularmente irritable, pero Lottie, la redactora de la sección de ocio, la ponía de los nervios.

Su oronda colega tenía dos cualidades que a Ing-Marie la sulfuraban: era vaga y le gustaba hablar mal de los demás.

Y para más inri, esos chasquidos.

Ing-Marie sabía que si volvía la mirada hacia su colega, el salvapantallas de Lottie, la redactora de ocio, mostraría fotografías de su novio, casi desnudo, y tan insoportable como ella, Stephan... no sé qué. A Ing-Marie nunca se le había quedado el nombre. Lottie estaría mascando chicle con la boca abierta mientras sus dedos se deslizaban sobre su nuevo iPhone.

Ing-Marie sabía todo eso.

Y todas esas cosas la irritaban.

Así que no volvió la mirada hacia la derecha, sino hacia la izquierda. La periodista Julia Almliden parecía profundamente concentrada en la pantalla del ordenador. Observó en silencio a su colega, diez años más joven que ella.

Julia llevaba ese día su rubia melena recogida en un moño. Siempre la llevaba recogida. Bien en una coleta hecha de cualquier manera o en un moño tirante. Se preguntó hasta dónde le llegaría la melena si la dejara caer sobre sus hombros.

Pero Julia nunca llevaría el pelo suelto. Sería demasiado femenino. No encajaba con su estilo masculino: vaqueros, camiseta y porte autosuficiente. Julia sonreía a menudo y parecía amable, pero no solía dar pie a conversaciones personales.

Ing-Marie apreciaba la discreción de su colega. En los cuatro años que llevaban trabajando juntas, desde que Julia Almliden empezó a trabajar como redactora en el *Västgöta-Nytt*, nunca habían almorzado juntas, salvo en las comidas de Navidad y de Pascua, forzadas por la empresa. A ella le parecía estupendo. El trato con los compañeros de trabajo era un espanto que Ing-Marie prefería evitar, por varias razones. Pero sobre todo por lo que en ese momento rondaba constantemente en sus pensamientos.

Observó las deslucidas oficinas que el periódico había ocupado durante los veintidós años que ella llevaba trabajando allí, y cuarenta y siete antes de eso. El edificio de la calle Mörke reflejaba en buena medida la redacción que albergaba en su interior. Tenía un aspecto bastante descuidado y, si se rascaba en la superficie, un contenido casi igual de triste.

Ing-Marie se negaba a aceptar la parte de responsabilidad que pudiera tener en ello. Por el contrario, opinaba que a la dirección del periódico le vendría bien un cambio radical. Fijó la mirada en Sven Lindgren, el director —además de redactor jefe—, sentado de perfil, detrás de Julia, ojeando aburrido el ejemplar del día mientras hablaba por teléfono. A juzgar por su voz aduladora, al otro lado del hilo estaba alguna de las personas más importantes de la ciudad. A Ing-Marie le gustaría que Sven Lindgren se preocupase por el periódico tanto como se preocupaba por su propia

imagen. Llevaba el cabello, exageradamente oscuro, muy bien cortado. Vestía siempre vaqueros, chaqueta oscura con alguna camisa de cuadros, de marca; camisa que insistía en llevar siempre abotonada sólo hasta el segundo botón superior, de manera que asomara un poco del pelo negro de su pecho. Ing-Marie se preguntaba si no tendría complejo de pene pequeño y el pelo oscuro del pecho le haría sentirse más viril. A ella le parecía más bien un mono peludo.

El dueño del *Västgöta-Nytt* había convencido tres años antes a Sven Lindgren para que dejara Gotemburgo, donde era subdirector del vespertino *GT*, a cambio de ser director en Skövde. Dirigir un periódico, al menos formalmente, parece que lo había atraído. Pero todo quedó en mucho ruido y pocas nueces. Sven Lindgren no había aportado ni una sola idea original desde que accedió al puesto, y todos los meses abandonaban el periódico unos cuantos suscriptores, que pasaban a leer el periódico de la competencia, el *Skövde Nyheter*, lo cual parecía no preocupar demasiado al director de cuarenta y dos años. Mientras su pelo siguiera teniendo volumen, mientras su mujer estuviera presentable, y mientras a él, por el hecho de «ser alguien», lo siguieran invitando a todos los actos y comidas oficiales de la ciudad, Sven Lindgren estaría encantado de la vida.

Detrás de la mesa del director estaba el escritorio de Håcke. Vacío. Claro.

En cualquier otro momento Ing-Marie se hubiera sentido irritada por la desidia de sus compañeros de trabajo, pero ese día precisamente se alegraba de que todos parecieran estar lejos —al menos mentalmente— de la redacción.

No debería.

Lo sabía de sobra.

Pero no podía resistirse. La sensación era tan nueva. Tan fuerte. Y los demás también estaban ocupados en lo suyo, razonó ella.

Por eso Ing-Marie se atrevió finalmente a abrir una nueva ventana en el ordenador para entrar en una página que por nada del mundo le habría gustado que vieran sus compañeros de trabajo.

4

A seiscientos metros de la redacción del periódico, concentrada en lo que había sucedido muchos años antes, la agente de policía Anna Eiler estaba sentada delante del ordenador en su despacho de la comisaría. Había cerrado la puerta. No quería que la molestaran.

Imágenes de odio y muerte, de dolor e impotencia. Disponía de muy poco tiempo. Todas esas víctimas llevaban mucho tiempo esperando una reparación. Quería prestarles toda su atención.

Quería hacerles justicia. Ya.

Pero era difícil, por no decir imposible, concentrarse.

Como de costumbre, él ocupaba todos sus pensamientos.